







FIGURA 3. El festín canibal de los indios tupinambá, grabado de T. Bry, 1562. (Aucardo, 2005)

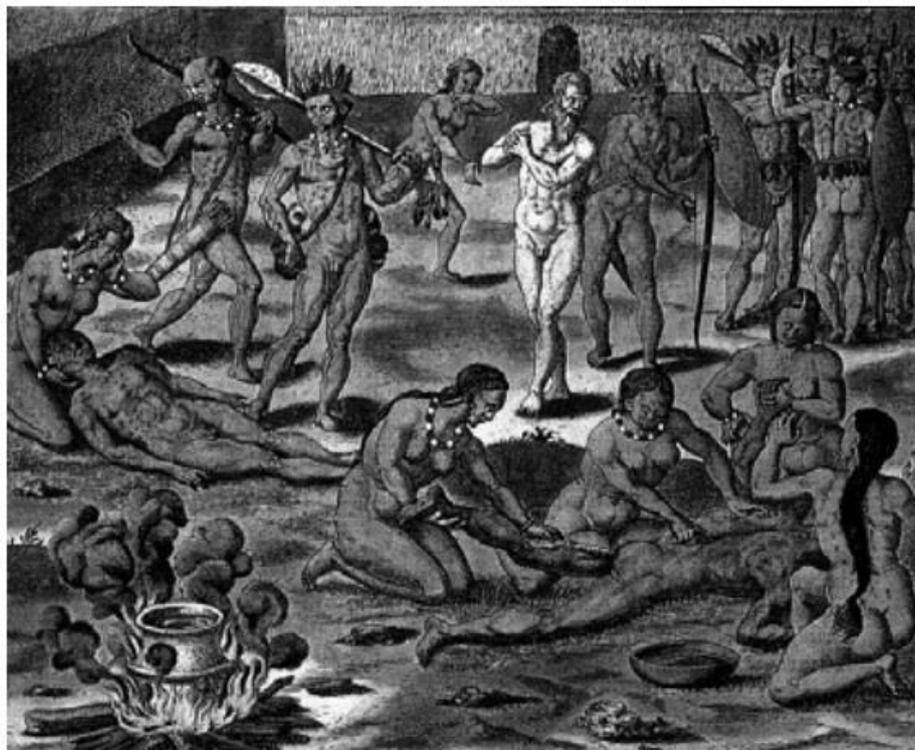


FIGURA 4. El festín canibal de los indios tupinambá, grabado de T. Bry, 1562. (Aucardo, 2005)



FIGURA 5. El festín canibal de los indios tupinambá, grabado de T. Bry, 1562. (Aucardo, 2005)



FIGURA 6. El festín canibal de los indios tupinambá, grabado de T. Bry, 1562. (Aucardo, 2005)



FIGURA 7. El festín caníbal de los indios tupinambá, grabado de T. Bry, 1562. (Aucardo, 2005)

## ANEXO 2. TEXTOS

**Texto 1:** “La esposa del jaguar”, relato de la tribu ofaié, recogido por Strauss (1968: 86).

Las mujeres habían ido a recoger leña a las chamiceras. Una, adolescente aún, advirtió un esqueleto de quexada que un jaguar había abandonado. “¡Cómo me gustaría –exclamó– ser la hija del jaguar! ¡Tendría carne hasta hartarme!” “Nada más fácil –respondió el jaguar, apareciendo–; ven conmigo. No te haré daño.”

En vano buscaron a la muchacha; y se creyó que el jaguar la había devorado.

Pero un día volvió, hizo que la reconociera su hermana menor y después sus padres. Contó que su esposo el jaguar la hacía vivir en la abundancia y que le encantaría abastecer a los indios. “¿Qué piezas de caza prefieren?” “¡Lo que sea!” “Pero el jaguar quiere saberlo.” “Tapir, pues.” “De acuerdo –dijo la mujer–, pero cuidado de que los postes de la choza sean sólidos: el jaguar dejará la carne sobre el techo.”

Y al siguiente día el padre ve que su choza está cubierta de carne bien asada. Se dan un atracón. Dos días más tarde la provisión es renovada.

Pasado algún tiempo el jaguar, cansado de cargar con la carne, ofrece, usando a su mujer como intermediaria, instalarse en el pueblo. “Sea”, dice el padre. (Tenía miedo del jaguar pero le gustaba la carne.) Además, la mujer explica que el jaguar no pretende construir su choza demasiado cerca de la de sus suegros; se establecerá un poco apartado, para no ser visto.

La mujer se fue; empezaba a saber cazar como el jaguar. A la mañana siguiente la choza de los indios estaba cubierta de carne, caetetu, queixada, armadillo, paca: había de todo.

Y el jaguar llegó a vivir con los indios. Su cuñado hace amistad con la nueva pareja que lo abastece de caza selecta: jahó, mutum, inhambú, macuco. No obstante, la abuela desconfía: la joven se transforma progresivamente en fiera. Tiene manchas negras en el cuerpo, en manos y pies le nacen garras; sólo le queda humano el rostro, pese a los colmillos que empiezan a asomar. De ahí que la vieja recurra a la brujería y mate a su nieta.

El padre no está nada afectado pero toda la familia teme al jaguar. Su cuñado va a buscarlo: han matado a su esposa, ¿no va a vengarse? ¿Aceptará que le den una hermana de la difunta en lugar de ésta? “No –responde el jaguar–, no se hable más. Me voy a ir. No os deseo mal ninguno. Acaso dentro de mucho tiempo os acordaréis aún de mi...”

Y el jaguar se fue corriente, irritado por el asesinato y causando miedo con sus rugidos; pero cada vez llegaban de más lejos.